

EL VAMPIRO EN LA MITOLOGÍA Y EN LA HISTORIA

Francisco Javier SÁNCHEZ-VERDEJO PÉREZ
Universidad Nacional de Educación a Distancia, España
<https://orcid.org/0000-0003-1112-5995>

Recibido: 17/09/2021

Aceptado: 03/05/2022



RESUMEN

El vampiro es una figura universal que apareció en el devenir natural de la vida. Existen pocas evidencias que sugieran que el vampiro apareció en un tiempo y en lugar determinado y que se esparció alrededor del mundo a partir de una fuente primaria. Obviamente, debido a los contactos tan limitados entre culturas tan diferentes, las leyendas vampíricas difieren significativamente entre ellas. Sin embargo, el concepto tradicional del vampiro se asocia con la visión de las sociedades del Este y el Sudeste de Europa. El razonamiento que trasciende esta idea es que, mientras que la percepción moderna se deriva de la literatura popular y el cine, esa percepción proviene, de hecho, de las historias balcánicas tradicionales sobre los monstruos.

El vampiro lleva ya un largo recorrido hasta llegar a nuestros días, ya que, desde la antigüedad, tanto el folclore como la literatura –por momentos indisolubles, y esta es una de las claves del presente estudio– han abordado la temática vampírica. A través de las distintas culturas, se ha establecido un diálogo, adaptándose a la mentalidad de cada época. Así, la metodología aplicada a este trabajo consiste en trazar un breve recorrido literario-mitológico, intentando pergeñar rasgos comunes en su construcción.

PALABRAS CLAVE: vampiro; mitología; historia; cultura; folclore.

THE VAMPIRE IN MYTHOLOGY AND IN HISTORY

ABSTRACT

The vampire is a universal figure that appeared in the natural course of life. There is little evidence to suggest that the vampire appeared at a certain time and place nor that it multiplied around the world from a primary source. Obviously, due to the very limited contacts between such different cultures, vampire legends differ significantly from one another. However, the traditional concept of the vampire is associated with the vision of Eastern and Southeastern European societies. The reasoning behind this idea is that, while modern perception is derived from popular literature and film, that perception comes from traditional Balkan stories about monsters.

The vampire has already come a long way from the old days. Since ancient times, both folklore and literature have intertwined and have addressed the concept of the vampire. A dialogue has been established across different cultures, adapting to the mentality of each era. Thus, the methodology applied to this work consists of tracing a brief literary-mythological journey, trying to sketch common features in their construction.

KEYWORDS: vampire; mythology; History; culture; folklore.

La biografía del vampiro se hunde en el pasado de la especie humana y en el pantano de sus miedos. Pero al igual que el miedo tiene muchos rostros, el vampiro ha recibido muy diferentes nombres en tierras de todo el mundo.

JOSÉ MANUEL FAJARDO

Introducción

Debido a su asociación original con el mal, la enfermedad y la muerte, es sorprendente que la criatura vampírica haya ganado la posición que ha adquirido en la sociedad actual. De hecho, nuestra fascinación por algo que en el pasado fue temido parece indicar que la presencia del vampiro en la actualidad no se ha desvanecido.

Para desvelar el misterio de tal atracción, debemos entender la naturaleza del vampiro. Ello requiere un recorrido en torno a sus representaciones a través de la mitología y la historia. La imagen que conocemos hoy procede del vampiro literario inglés, el cual tiene sus orígenes en las tradiciones eslavas. Puede afirmarse, como base de la presente premisa, que el vampiro es un cadáver revivido (Turner, 1997) que vuelve a este mundo durante la noche para acechar a los vivos: “It has always been at night—time that I have been molested or threatened, or in some way in danger or in fear” (Stoker, 1989, p. 46).

ORÍGENES DEL VAMPIRO

Históricamente, muchos grupos minoritarios han sido temidos y, consecuentemente, oprimidos por los sistemas hegemónicos. Sin embargo, ¿a quién representa el vampiro, a los perseguidos o a los perseguidores? El misterio del vampiro continúa siendo terrorífico y está aún por comprender.

Podemos definir los vampiros —también llamados *upiers*, *upires* o vampiros en Occidente; *brucolacos* en Medio Oriente y *katakhanes* en Ceilán— como hombres muertos y sepultados que regresan hablando, caminando, infectando los pueblos, maltratando a los hombres y a los animales y, sobre todo, sorbiendo su sangre, debilitándolos

y causándoles la muerte (Stephanou, 2014). Aquellos que mueren por su causa se convierten a su vez en uno de ellos. Nadie puede librarse de su peligrosa visita si no es exhumándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Esta costumbre de quemar los cadáveres —o parte de estos— para destruirlos por completo arraigó de manera más tardía. Veselin Cajkanovic (1998) afirma:

Burning is a very well-known custom... [T]he true purpose of burning was to destroy the corpse or, more exactly, to destroy those parts of it in which the soul might remain, and those are... the blood, the muscles, the heart, the eyes, the intestines. (p.77)

Cada sociedad anterior a la cristiana que ha poblado la tierra ha tenido alguna versión de los cuentos legendarios de vampiros como parte del repertorio de sus conocidos cuentacuentos. Pero, en realidad, ¿de dónde vienen? ¿Existe algún hecho que sustenta estas historias acerca de seres terribles que chupan la sangre?

Los primeros vampiros se asocian con deidades femeninas, Kali, Ishtar, Isis, Cibele. Sin embargo, estos seres no eran llamados vampiros; eran las deidades de la muerte, la guerra, el mundo subterráneo... Existen numerosas pruebas sobre mujeres semejantes con terribles poderes de seducción, remontándose hasta las diosas del amor oscuro: Ishtar, Astoreth, Astarté, muchos nombres para la misma fuerza terrible en el amor (como el dios de la guerra lo es en la batalla). Existen diosas coléricas, como los ejemplos que se encuentran en la cultura tibetana (recordemos que esta cultura albergó *El libro tibetano de los muertos*, donde se describen hasta cincuenta y ocho deidades bebedoras de sangre), diosas que además se representan con el color rojo. El ciclo que representaban era el del nacimiento, la muerte y la vuelta a nacer. La sangre, el símbolo de la vida y la muerte, era su dominio. Aunaban la idea de la vida y la muerte, la mortalidad y la inmortalidad (Davies, 2005).

En la tradición judía, el vampiro era Lilith. Fue condenada a convertirse en un demonio femenino que seducía a los hombres extrayéndoles su vida y fuerza, y trayendo a la vida más demonios para que poblaran la tierra y aterrorizaran a los hombres (Twitchell, 1986). En la tradición cristiana, Eva es la que tienta al hombre, siendo culpada no sólo de la caída de Adán, sino de la destrucción del paraíso. En todo caso, nunca llegó a alcanzar la reputación tan negativa de Lilith.

Lilith es un demonio que merece una atención especial, porque, en cierto sentido, sirve de lazo de unión no solo entre la demonología de la antigua Babilonia y la judía, sino también entre la judía y la cristiana (véase, por ejemplo, entre otras, Isaías, 34: 14). Su historia es una mezcla curiosa de cruces culturales, superstición y tradición. Lilith llega al mundo bíblico procedente del mesopotámico (allí era conocida con el nombre de Lilitu¹, la diosa serpiente sedienta de sangre y autóctona de Babilonia).

Normalmente, Lilith es contemplada siendo un súcubo sumerio. Y, de hecho, existía tal criatura en la Babilonia sumeria que seguramente tuvo su influencia en la concepción hebrea de Lilith. Este ser fue conocido como el *Ardat Lili*. *Ardatu* era un término que describía a una mujer joven en edad para casarse. Así, el *Ardat Lili* era un espíritu joven femenino, un súcubo demoníaco poseedor de cualidades estrictamente nocturnas. Causante del despertar y de ser paralizado por una fuerza no visible, también le fue atribuido el provocar sueños eróticos, robando el semen del hombre y su vitalidad espiritual. Es también interesante el notar que la palabra sumeria para “juguetona” era también *Lulu*, la palabra para *lujuriosa* era *Lalu*; además, la misma palabra para *mal* era *Limnu*: esto tiene una obvia relación con *Lili* (y *Ardat Lili* específicamente; no solo en la similitud de pronunciación y escritura, sino también con el significado de las palabras).

Lilith, figura alada, de cabellos largos y revueltos, posee un cuerpo desnudo que a veces

acaba en forma de serpiente; libidinosa con los hombres, suele arrancar a los recién nacidos de las madres para beber su sangre, comer su carne y sorber la médula de sus huesos. Lilith tenía la posibilidad de matar, succionando la sangre a todos los niños concebidos de forma pecaminosa. Esta historia es la causa de que se considere a Lilith como el primer vampiro.

En los escritos de las más antiguas civilizaciones —babilonios y semitas—, hallamos vestigios de muertos alimentándose de los vivos. La creencia en este ser prevalecía en Babilonia y en Asiria (Florescu y McNally, 1973), donde se mantenía que los muertos podían aparecer de nuevo sobre la tierra y buscar sustento a costa de los vivos. La creencia se encuentra, con toda probabilidad, unida a la teoría casi universal de que la transfusión de sangre es necesaria para la vuelta la vida:

El nacimiento del primer vampiro, de acuerdo con una antigua leyenda, se debió a un sueño que tuvo Adán antes del nacimiento de Eva. En el transcurso del mismo deseó intensamente una compañía femenina y se sintió repentinamente satisfecho... En el momento que este germen de desesperación encontró un cadáver, surgió el primer vampiro (Robins, 1997, p. 5).

Ejemplos de vampiros como un símbolo de las leyendas se pueden datar incluso desde la antigua Asiria, donde ciertas excavaciones los han desenterrado representados en vasijas, incluyendo un grabado donde aparentemente se observa a uno copulando con un hombre. La idea del vampiro como un símbolo sexual perverso es innata a este ser (la asimilación con los incubos y los súcubos no es ajena a esta idea) (Auerbach, 1995). La tradición asiria era considerable, debido en parte al complejo sistema concerniente a su jerarquía de espíritus, particularmente los malignos. Había varias clases de vampiros asirios, “including the feared Seven Spirits, the ekimmu, and the utukku”

¹ Según algunas etimologías, es probable que esta palabra babilónica proceda de raíces sumerias aún más antiguas, como *lalu*, *lujuria*, o *lulû*, *desenfreno*. En hebreo, *Lilith* significa lechuza, y aquí observamos la relación con los vampiros rumanos llamados *strigoi*, procedente a su vez del romano *strix* para referirse a una lechuza, término que también significaba demonio o bruja (González López, 2013).

(Bunson, 1993, p. 12). No en vano, fue en Asiria donde se descubrieron los primeros escritos sobre los *undead*. Además, Summers (1991) diserta sobre el vampiro en Asiria de manera concienzuda.

El imperio de la antigua Mesopotamia (junto con Babilonia) es considerado por algunos como el lugar de nacimiento del vampiro tradicional. Los escritos mesopotámicos indican que existió una mitología muy elaborada, poblada por una legión de deidades. Sus habitantes invocaban a sus dioses protectores más para alejar a los espíritus que por pura adoración. Las personas solían culpar a dos clases de engendros, *Utukhu* y *Maskin* (seres muy similares, visualmente, a los vampiros) de las enfermedades y las pestes. Existían, igualmente, las huestes de *Alal*, vampiros de aspecto horripilante. Estos seres también pueden ser considerados como antecesores de los revinientes debido a las coincidencias en su aspecto y costumbre, e incluso puede que se trate de auténticos vampiros, cuya imagen nos ha llegado deformada hasta nuestros días, en virtud de la diferencia cultural entre nosotros y nuestros ancestros. Los demonios que aterrorizaban a los babilonios² aparecieron de nuevo más tarde, aunque de forma algo alterada en las tradiciones de Siria y Palestina.

Otros citan Egipto o la India como la posible fuente de su origen. El antiguo Egipto desarrolló una visión de la muerte y de la vida después de la muerte muy rica y compleja. El concepto totalmente constructivo de la vida eterna y las exuberantes ofrendas donadas a los muertos protegía a los egipcios (o eso creían ellos) del terror y el horror concerniente a la muerte. Otro aspecto de la creencia egipcia era el *ka*, la entidad astral que acompañaba a todo ser humano mientras durara su estancia en la tierra. El *ka* guiaba a la persona mientras permaneciera viva, pero se convertía en un ente poderoso al llegar a la tumba, guiando entonces al alma, el *ba* o *khu*, hacia la eternidad: “The ancients did well when they typified the soul as a butterfly!” (Stoker, 1989, p. 268).

El principal objetivo de este pueblo era mantener el *ka* en la tumba con ofrendas. Muchos escritores han establecido las leyendas vampíricas en este escenario; el ejemplo más conocido es Anne Rice con *The Queen of the Damned* (1988), donde el rey y la reina de los condenados se ubican en Egipto. Peter Tremayne, en *The Revenge of Dracula* (1978), construye a Drácula como un ser que pertenece a un culto antiguo de inmortales, el culto egipcio de Draco, que adquiere poder mediante la vida eterna. Chelsea Quinn Yarbro también sitúa a su personaje Le Comte de Saint-Germain en un tiempo de la antigüedad egipcia, dentro de su novela *Out of the House of Life* (1990).

En Egipto encontramos, además, una serie de divinidades que también recuerdan al vampiro actual, pues se alimentaban de corazones de los vivos y tenían un aspecto horrible. Los egipcios temían a un pájaro bebedor de sangre, al que consideraban la reencarnación de un inocente ajusticiado, que había adquirido esa forma para atacar durante las noches a los hijos de sus enemigos. En el *Libro de los muertos* encontramos múltiples alusiones al regreso de los no muertos, junto con el archiconocido mito de Osiris, el dios de los muertos que fue asesinado y enterrado por su malvado hermano Set, siendo luego resucitado por su esposa Isis Hator, viviendo así eternamente.

Sin embargo, la imagen que la mayoría de la gente tiene cuando se menciona a los vampiros es una muy cercana al personaje de Bram Stoker (1847-1912), y no un espíritu. Este tipo de vampiro es conocido como *nosferatu*, “as they call it in Eastern Europe” (Stoker, 1989, p. 214). El vampiro conocido en Rumania como *nosferatu* está asociado a un vampiro bebedor de sangre que poseía la capacidad de mantener relaciones sexuales con los vivos. Una persona estaba condenada a convertirse en un *nosferatu* si él o ella eran hijos ilegítimos de padres también ilegítimos.

La superstición pasó de Egipto a Grecia. La creencia se propagó a Roma, siendo los egipcios

² Para un ejemplo de un poema recogido por E. Campbell Thompson en su estudio *The Devils and Evil Spirits of Babylonia* (1903), véase Bunson (1993, p. 237), donde se presentan criaturas que poseen claramente algunos de los atributos otorgados a los vampiros, bebedores de sangre inmortales.

quienes por primera vez recomendaron el ajo como defensa contra el vampiro, debido a su fuerte olor. En todo caso, el ajo ya se empleaba desde antaño como un poderoso agente de curación en infinidad de males y dolencias, además del hecho de que se encuentre en casi todas las partes del mundo, lo que puede explicar que culturas separadas físicamente coincidan en su utilización. La población atribuía al ajo cualidades medicinales por su utilidad contra las enfermedades; y todo cuanto protegía contra las enfermedades era considerado magia blanca, por lo que el ajo era también un remedio adecuado contra el poder de las tinieblas. De hecho, Homero ya explica que el dios Hermes aconsejó el ajo a Ulises para anular los encantamientos de Circe.

Existe también una explicación lógica para el extendido empleo del ajo para ahuyentar a los vampiros. La peste era transportada muchas veces por las moscas, y se observó que ciertas granjas no la padecían si colgaban ajos. No se trataba de magia: los dientes de ajo exudan gotas de humedad que las moscas detestan. El ajo, ingerido por el hombre, constituye también un antiséptico natural, un depurativo de la sangre. El ajo (entre otras sustancias poderosas) ha sido usado durante mucho tiempo como un medio de repeler el mal³ (García Chapinal, 2000).

La aversión de estos seres al crucifijo y el agua sagrada es un elemento tradicional del vampiro que data de la Edad Media. Según la creencia cristiana, el vampiro es una entidad demoníaca, un hijo de Satán que puede ser derrotado por la pureza que representa el dios cristiano y sus atributos. Afirma Twitchell (1985): “Aside from the devil, the vampire is the most popular malefactor in Christianity” (p. 106). No es menos cierto que la evolución y el desarrollo del cristianismo tuvieron un efecto enorme en la evolución de la mitología vampírica.

Como señala Paul Barber en su libro *Vampires, Burial and Death* (1988), el concepto del vampirismo claramente antecede al cristianismo, puesto que los

mitos de los vampiros inician hace miles de años y han ocurrido en casi cada cultura de todo el mundo: “For, let me tell you, he is known everywhere that men have been. In old Greece, in old Rome; he flourish in Germany all over, in France, in India, even in the Chersonese, and in China, so far from us in all ways” (Stoker, 1989, p. 239).

Los orígenes del mito, de este mito, también residen en los cultos misteriosos de las civilizaciones orientales, como el Dios de la Muerte de Nepal o el Dios del Tiempo de Mongolia. Con respecto al Señor de la Muerte nepalí, sus colmillos no eran sus únicos rasgos de vampiro, también se le representa sosteniendo una calavera llena de sangre (aparentemente como una copa de la cual bebía) y de pie sobre una pila de esqueletos humanos. El dios parece alimentarse de la sangre y la muerte.

Pero la creencia en los seres que no mueren y vuelven aquí se remonta también al mundo romano antiguo, donde encontramos criaturas como *lamia*, *empusa*, *gelo* y *mormo*; para tal análisis, se debe seguir a Grimal (1990): la sangre y el retorno de los muertos ya aparece en obras clásicas como en *La Ilíada*.

En el mundo romano clásico, el vampiro encuentra su primera identificación en figuras pertenecientes al séquito de Hécate, la reina del mundo de los espectros, la que se identifica con la luna y la brujería y ligada al mundo de las sombras. La más tétrica y diabólica de este grupo, primogénita en la escala vampírica —del que posee numerosos rasgos—, es la *empusa*, demonio femenino capaz de adoptar diversos aspectos; es un espectro perteneciente al mundo infernal y causa de frecuentes terrores nocturnos, se aparece especialmente a las mujeres y a los niños para asustarlos, alimentándose de carne humana. Las empusas fueron mencionadas por Aristófanes (445–380 a. C.) en *Las ranas*; pero el dato más famoso de sus actividades fue recogido por Filóstrato en su obra *Vida de Apolonio de Tiana*, donde relata cómo Apolonio desenmascara a la empusa

³ Ramón Hervás (1999) propone una muy interesante teoría, donde expone y analiza la relación entre la cultura del pueblo judío y su asociación con el mito vampírico, aduciendo razones sobre la relación del ajo para combatirlo. No deja de sorprender su estudio paralelo del judaísmo y el cristianismo y el nexa de unión: el vampiro como lo que es exterior, lo distinto, la alteridad, lo que viene de fuera.

de Corinto (entre otras) cuando esta pretende contraer matrimonio con el joven, inteligente y hermoso filósofo Menipo de Licia (en Bernabé Pajares, 1979). Las *empusae*, con forma de asno (pues el asno simboliza la lascivia y la crueldad), adoptaban a menudo la figura de una mujer joven y hermosa para atraer a sus víctimas. Bajo esta última apariencia, estos demonios femeninos yacían con los hombres por la noche succionando su fuerza vital y provocándoles la muerte. La empusa es, por tanto, un demonio súcubo. Este concepto llega probablemente a Grecia procedente de Palestina, donde tales demonios eran llamados *Lilim* (hijas de Lilith)⁴.

En el ámbito de la cultura latina es donde la lamia encuentra su plena ubicación en el vampirismo, gracias a la obra *De asino aureo* (*El asno de oro*) del poeta y filósofo Lucio Apuleyo de Cartago (125–190 d. C.), donde se narran numerosas historias con fondo vampírico, como aquellas en las que se presentan las visitas nocturnas de lamias que beben sangre. En cualquier caso, lamia era un genio femenino que, vagando por las tinieblas y agarrándose a las personas jóvenes en especial los niños, les sorbía la sangre hasta la última gota. El carácter seductor y vampírico de la lamia se advierte también en el hecho de que, además de niños, sus víctimas predilectas eran jóvenes muchachos. Más tarde, cuando se añadió al mito de la sangre el elemento erótico, la lamia se unió a la empusa, adquiriendo las mismas características de un súcubo. Juntas yacían con los jóvenes y les succionaban la sangre mientras estaban inmersos en el sueño.

Gelo es el fantasma de una muchacha de la isla de Lesbos, el alma en pena de una muchacha muerta joven y virgen que vuelve del más allá para amenazar y raptar a los niños. Por último, *Mormo*, genio femenino identificado a veces con *Gelo* y *Lamia*, es como *Mormólice*, un ser que guardaba relación con el mundo de los muertos y de los fantasmas. Estos dos últimos genios eran usados para amenazar a los niños. Louis Ludwig Lavater

incluyó a *Mormo* en su *De Spectris* (1575) como una de las especies vampíricas del mundo antiguo.

La variedad del fenómeno vampírico es casi infinita, desde el monstruoso y más temido vampiro de China, el *kuang-shih* (también llamado *giang shih* o *chiang-shih*), de ojos rojos y afilados colmillos hasta la criatura con leves rasgos vampíricos de nombre *kappa* de Japón, el *langsuir* malayo o la cabeza conocida como *penanggalang* de Malasia –vampiro femenino que bebía la sangre de los niños–; desde los *rakshasas* hindúes hasta los filipinos *berbangs* o el *aswang* –este último también una cabeza como su compañera malasia o bien una hermosa mujer de día y un demonio alado de noche– hasta el *Nachtzehrer*, uno de los nombres con el que se conocía al vampiro en Alemania, Silesia, y Bavaria (lo novedoso de este ser es que se consideraba que era una persona que había nacido envuelta en la membrana o placenta, estando destinado, por tanto, a ser un vampiro cuando fallece; en este caso, vemos como el hecho del mordisco o muerte vampírica está ausente).

El vampiro del folclore de la Europa del Este es conocido por muchos nombres, *vrukolakas* o *vrykolakas* (en Macedonia), *ober*, *nachtzehrer*, *opyri*, *upir* y/o *upyr* en Rusia; en Dalmacia, el vampiro es conocido por el nombre de *wukodlak*; en Albania existe el *shtriga*; y solamente en Grecia encontramos el *ghello*, *drakos*, *drakaena*, la *lamia*, el *vrykolakes*, *brykilakas*, *barbarlakos*, *borborlakos*, y el *bourdoulakos*. En Creta, la creencia en los vampiros (o *katakhanas*) y su existencia conforman un compendio general de creencia popular a lo largo de toda la isla, pero es particularmente fuerte en las montañas. Del Sánscrito provienen los términos *katakhanoso* y *baital*. En Polonia habitaba el *upiry*, en Alemania el *blütsauger* (literalmente, el chupador de sangre). En el *Rapaganmek*, el pueblo semita de la civilización mesopotámica, los acadios, anticipa la figura clásica del vampiro literario (este pueblo sentía el más pavoroso terror hacia la noche, pues creía que con la puesta del sol salían de las profundidades de la tierra los vampiros, a los que llamaban

⁴ En el siglo XVI, Johann Weyer (1515–1588), médico, estudioso protestante y enemigo de la caza de brujas, aseguraba que Lilith era la reina de los súcubos.

rappaganmenkahb, o sombra de los muertos, a los que combatían con fuego, con luz en definitiva), y en las tablillas de la Diosa Ishtar, donde se relata el descenso al país inmutable, ya se condensa la figura de este ser demoníaco.

El término vampiro/ *vampire* se ha convertido en una palabra universal para nombrar a esta criatura; estudiosos como Raymond McNally (1974, p. 10) afirman que este término es una combinación de dos palabras de origen magiar (húngaro): *Vam*, que significa “sangre” y *Pir* que significa “monstruo”.

La profesora americana Katharina Wilson (1998) expresa que las primeras referencias al término vampiro como tal se remontan a 1679 y 1688, citando expresamente dicha palabra dos obras: *State of the Greek and American Churches*, de Ricault, y *Observations on the Revolution in 1688*, de Forman.

La primera forma escrita de la palabra que más adelante sería conocida como vampiro fue, en realidad, *upir*, una palabra rusa para referirse a la criatura. Sin embargo, *upir* no era la forma correcta, sino *upyr*, según la escritura rusa correcta. Dicho término aparece en 1047 en un documento ruso que calificaba a un príncipe de *Upir Lichy*, literalmente, príncipe malvado. Esta criatura posee un rasgo que la hace única entre los vampiros del mundo: estos vagan y atacan desde el mediodía hasta la medianoche, lo que significa que al menos la mitad de su actividad al realizan a la luz del día. Lo que sí compartían con otros vampiros tradicionales es su sed insaciable de sangre. Este mismo concepto era referido en Serbia como *vampyr*, si bien en algunas regiones también se escribía de forma incorrecta como *vampir* por los informadores ingleses. Aunque en el siglo dieciocho ambas escrituras fueron ampliamente usadas, fue la incorrecta la que se convirtió en popular y así continuó extendiéndose⁵.

Se escribieron muchos libros sobre el tema, especialmente en Alemania, y hacia 1734 la palabra *vampyre* ya había aparecido en la lengua inglesa como consecuencia de las traducciones alemanas sobre informes de las olas de histeria vampírica

que asolaban Europa. Este tema también fue investigado en otras áreas de la Europa del Este, como en Grecia, Yugoslavia y Bulgaria (Barber, 1988). En Hungría, Rumania, Bulgaria y otras zonas de los Balcanes la superstición alcanzó tanta popularidad que llegó a preocupar a los gobiernos de estos países hasta el punto de decidirlos a investigar el fenómeno.

Los informes más numerosos e impresionantes eran originarios de los Balcanes, lo cual sin duda tiene su explicación. Los Balcanes constituían un crisol de culturas diferentes (eslovacos, polacos, ucranianos, alemanes, rumanos, gitanos y húngaros) y, en mayor o menor grado, cada una de ellas hizo su contribución al mito. El que la creencia en los vampiros estuviera tan difundida en Transilvania puede explicarse por el hecho de que los mongoles tibetanos, que creían en los vampiros y en un dios murciélago, influyeran sobre los mongoles europeos, entre los cuales se incluían los húngaros y la tribu de los *szekler*. En este contexto, es interesante que Stoker (1989) ponga en boca de Drácula la afirmación de que es un descendiente de los *szekler*:

We Szekeleys have a right to be proud, for in our veins flows the blood of many brave races who fought as the lion fights, for lordship... What devil or witch was ever so great as Attila, whose blood is in these veins?... ‘Is it a wonder that we were a conquering race; that we were proud?... Blood is too precious a thing these days of dishonourable peace. (pp. 29-30)

Stoker acentuó su aspecto heroico y guerrero, dándole un árbol genealógico ilustre, los *szekler*, descendientes del legendario Atila. Afirma Martínez Laínez (2001) que los *szekler* era un grupo étnico que durante mucho tiempo habitó en Transilvania. Hay incluso algunas evidencias documentales de que los *szekler* –luego conocidos como *sículos*– descienden directamente de los hunos (pueblo del que lamentablemente solo nos han llegado leyendas y referencias negativas,

⁵ Para ahondar en las raíces y orígenes de esta palabra, nos remitimos al análisis que realiza Martí Flo (s. f.).

procedentes de crónicas bizantinas o romanas). Un cronista anónimo del rey magiar Bela III los menciona refiriéndose a ellos como “*populi Atyle Regis*”. Lázár (1997) afirma que los *szekler* se consideran a sí mismos descendientes del ejército de Csaba, uno de los hijos de Atila, quien regresó a Transilvania. Ellos mismos también se consideraban descendientes de los hunos.

Lo que Stoker deja claro es que Drácula no era propiamente valaco, sino transilvano, noble y emparentado con los *szekler*, estando estos a su vez emparentados con los descendientes de Atila. No olvidemos que, para los actuales húngaros, este personaje es muy respetado, siendo su memoria histórica casi objeto de veneración. En cualquier caso, lo que Drácula perdía de atractivo físico lo ganaba con su glorioso pasado bélico. De ese modo, la herencia de Drácula se enmarca profundamente de manera considerable en la tradición y el pasado: los avatares de su familia se encuadran en migraciones y conquistas tribales, un pasado militar y guerrero caracterizado por los valores de la sangre y el honor.

Tal vez merezca un comentario el tema de los vampiros en Grecia, que ha servido como uno de los mayores ejemplos de la creencia en los vampiros (brucolacos o *vrykolakas*, término este usado por Allatius y Calmet). No en vano, aún hoy en día, se considera en ese país que una de las mayores ofensas que se pueden dirigir hacia una persona consiste en imprecaciones tales como las que recoge Montague Summers: “may the earth not receive him”, “may the ground not consume him”, “mayest thou remain incorrupt” (Lawson, 1964, p. 388).

De los vampiros en Grecia se ocuparon Montague Summers, Leo Allatius —quien escribió el primer tratado moderno sobre vampiros, *De Graecorum hodie quirandum opinionibus* (publicado en 1645 en Colonia)— y Joseph Pitton de Tournefort (1656–1708). Este último, botánico francés al servicio del rey Luis XIV de Francia, escribió un amplio informe sobre un vampiro, un *vroukolakas*, que estaba atacando la isla de Mykonos en 1701,

publicando todo ello en París en 1717 en su obra *Relations d’un Voyage du Levant*. Según las palabras de Pitton de Tournefort, un *vroucolacas* es: “a spectre consisting of a dead body and a demon. Some think that Vroucolacas signifies a carcass denied Christian burial” (*apud* Frayling, 1992, p. 88). Etimológicamente, la palabra *vrykolakas*, tomada de la lengua eslava, significa *hombre lobo*⁶. Esta asociación no debe parecerse ociosa puesto que los pueblos eslavos creían que aquellos que habían sido hombres lobo, se convertían en vampiros al morir: “por lo que ambos engendros de leyenda aparecen íntimamente ligados en determinadas tradiciones orales o leyendas, generalmente como espejo de la íntima relación existente entre los hombres y las bestias” (Olivares Merino, 2001, p. 34).

Incluso Lord Byron demuestra su conocimiento sobre estos seres griegos en cuanto cadáveres reanimados por espíritus demoníacos, lo cual plasma en su poema “The Giaour” (1813). Dicha composición presenta la historia de un cristiano y los avatares que soporta pues se encuentra en tierras musulmanas; precisamente, el término *giaour* es el que usan los turcos para referirse a aquellos cristianos contrarios a su fe.

Robert Southey usó bien parte de las notas de Tournefort, bien de Calmet o de alguna otra fuente (como la historia de Arnold Paole) para su balada sobre vampiros “Thalaba The Destroyer” (1801), obra donde aparece por primera vez la palabra *vampire* mezclado con el mundo islámico. Con anterioridad, el padre y jesuita François Richard había escrito sobre los vampiros de la isla griega de Santorini, hacia mediados del siglo XVII, lo cual apareció en su obra *Relation du ce qui s’est passé à Sant-Erini Isle de’Archipel*, en 1657, publicada en París. Este autor estableció un vínculo entre vampirismo y brujería llegando a argumentar que el demonio daba energía a los cuerpos y que los vampiros no eran más que meros fantasmas.

Alexandre Dumas, en “La bella vampirizada”, también reproduce una canción moldava en la que se habla de un vampiro. Una vez más, el folclore

⁶ El equivalente inglés es *werewolf*; en escocés, *warwulf*, y en alemán, *werwolf*.

refuerza su presencia en la literatura con la inclusión de estas piezas. De hecho, estas historias todavía son relatadas por las poblaciones rurales de los Balcanes, en Polonia y en Rusia.

Entre 1700 y 1739, fuerzas austriacas ocuparon partes de Serbia y Valaquia. Fue durante este tiempo cuando los oficiales austriacos documentaron informes sobre prácticas locales. Una de estas prácticas era la exhumación y mutilación de cadáveres, aunque estos rituales no eran de ningún modo recientes. No obstante, las crónicas de Francia y Holanda hablan, ya en 1693 y 1694, de los vampiros que se veían en Polonia y sobre todo en Rusia. En 1851, Herbert Mayo, cirujano y profesor de Anatomía y Fisiología en King's College, describió en su libro *On Truths Contained in Popular Superstition*, la imagen de un vampiro que fue desenterrado en Belgrado; "The 'facts' of the case were attested to by three regimental surgeons, a sublieutenant, and a lieutenant colonel" (*apud* Bunson, 1993, p. 21). En 1889, y hasta 1899, se tiene constancia de que algunas regiones de Rusia seguían con la creencia en vampiros. Y ya en 1909, los habitantes de un pueblo quemaron un castillo en el sur de Transilvania por pensar que un vampiro entraba y salía de él, creyendo que tal era la causa del incremento de la mortandad infantil. El centro de Europa era, pues, un hervidero de vampiros, y los medios para combatirlos eran también de lo más variados.

La evidencia de que un vampiro se encontraba en la vecindad solía basarse en la muerte repentina de animales y personas, entre otras. El vampiro es un cuerpo extraño que sale a la luz en épocas de crisis, como epidemias. Este hecho no debe extrañarnos puesto que las enfermedades de carácter epidémico solían estar consideradas en la Edad Media como obra del demonio (Shildrick, 2002; Mittman, 2013). Por eso, el primero en morir es considerado el causante de todos los males. La búsqueda de vampiros es el deseo constante de acabar con las epidemias. Para entender por qué hay una creencia universal en este ser, es necesario retroceder en el tiempo, a una época en la que las causas de muchas

enfermedades eran un misterio y la putrefacción *post mortem* poco comprendida. La gente creía que la enfermedad y la muerte se producían por la voluntad de Dios. Pero, de vez en cuando, surgían situaciones que hacían sospechar que actuaban fuerzas siniestras (Davies, 2005).

Masters (1974) recoge en su libro varios factores asociados con el vampirismo, pero uno de los más significativos es el de la relación tan estrecha, a la par que indisoluble, del vampirismo con las epidemias —Fred Botting (1996) ha incidido en dicha unión—. Julio Ángel Olivares Merino, en su inmensa y deslumbrante obra *Cenizas del plenilunio alado* (2001), afirma que "el vampiro es el mensajero de la muerte en cadena, el ángel de capa enlutada que anuncia el caos y la horrenda devastación, en propagación y multiplicación imparable" (p. 38). De todos es sabido que, desde una perspectiva occidental, todo lo relacionado con Oriente significa alteridad, fascinación y desconfianza. Para gran parte de nuestros antepasados occidentales, era Oriente, el gran desconocido, el responsable de todo aquello que no les era favorable. Por tanto, la asociación del vampiro con el Este es importante a este respecto —Drácula es un ejemplo; Carmilla, otro—. Según los ojos del imperialismo victoriano, el Este proporcionaba muchas aventuras maravillosas y cuentos extraños (las historias de Rudyard Kipling sobre la India), los cuales proyectaban la oscuridad de los miedos y deseos góticos sobre otras culturas, otras gentes, otros lugares. Edward W. Said (1979) escribe lo siguiente: "Sensuality, promise, terror, sublimity, idyllic pleasure, intense energy: the Orient as a figure in the pre-Romantic, pretechnical Orientalist imagination of the late-eighteenth-century Europe was really a chameleonlike quality" (p. 118).

No es extraño, por tanto, que la referencia natal del vampiro, su origen, se sitúe en el Este europeo, tierras exóticas a la par que temidas por la alteridad que ofrecen. El miedo al vampiro, un ser identificado con el Oriente europeo desde antaño, es el miedo al otro, a lo otro, a la

diferencia, a la alteridad, a la invasión⁷, en suma. El que se pensara que la peste negra procedía de esas tierras no es algo sorprendente, sino más bien la consecuencia lógica de tal temor. Es una constante, efectivamente, pensar que la enfermedad procede de un lugar ajeno al nuestro: “To travel eastward is to travel into the past... Centuries old, and therefore not surprisingly looking like an old man when Harker first meets him, Dracula, the personification of the past, feeds on the blood of young girls to grow young again” (Dijkstra, 1986, p. 343).

Europa del Este estaba considerada hacia finales del siglo XIX como un lugar salvaje e inhóspito. El Este supone para occidente una gran diversidad de caracteres, de fisonomías, de etnias, lo que lleva asociado inexorablemente la inestabilidad. A este respecto, debemos recordar cómo el diario de Jonathan muestra el cambio que experimenta el protagonista en su viaje. De ser en un primer momento un turista, pasará a ser un testigo del terror y del horror, un testigo confundido, atemorizado, una víctima. Si al principio anota en su diario cualquier hecho y reflexión sobre el paisaje y los pobladores amables que encuentra, durante su paso solitario por el Borgo se pregunta si la realidad no se está convirtiendo en “a sort of awful nightmare” (Stoker, 1989, p.12).

A la luz de todo lo referido, es evidente que los habitantes necesitaban una forma de explicar las calamidades que les rodeaban, representadas por la muerte y el sufrimiento (Davies, 2005). Lo hacen mediante la imagen del vampiro. Por tanto, puesto que el vampiro es considerado como la causa de sus problemas, es temido. Al ver que ciertos individuos se iban debilitando sin causa aparente día a día como si perdiesen la sangre, se hizo necesario encontrar una causa de este fenómeno y se imaginaron ciertos demonios o espíritus maléficos que chupan la sangre de sus

víctimas siendo este el origen de la creencia en los vampiros (Williamson, 2003). Una conclusión similar la propone Perkowski (1989). Para él, el papel psicológico del vampiro es el de un ser que representa la antropomorfización socialmente aceptable del miedo a lo repentino, de la adversidad impredecible, especialmente de la muerte. Afirma: “The dead who seem not to be totally dead [in reference to the vampire corpses] are killed to the survivor’s full emotional satisfaction wiping out feelings of guilt, fear, and false hope” (Perkowski, 1989, p. 123).

En definitiva, en pleno Siglo de la Luces, buena parte de Europa vivió lo que se ha llamado epidemia de vampirismo. Y es que no se hablaba de otra cosa: las gacetas de la época se llenaron de supuestos casos de vampirismo. En efecto, como constata Christopher Frayling (1992), varias histerias acerca de los vampiros fueron recogidas en los anales históricos: así, Prusia sufrió varias de estas histerias en 1710, 1721, 1725 y 1750; Hungría las padeció entre 1725 y 1730; e Istria en 1672. La Serbia austriaca fue testigo también de esta histeria producida por los vampiros entre 1725 y 1732, dando como origen los famosos casos de Peter Plogojowitz y Arnold Paole; Silesia, en 1755; Valaquia y Rusia las padecieron en 1756 y en 1772, respectivamente. El temor a los vampiros se extendió de tal modo que, en 1801, el obispo de Sige le rogó al príncipe de Valaquia, Alexander Moruzi, que prohibiera entre sus súbditos que siguieran desenterrando masivamente a sus muertos. En dos ocasiones habían tenido motivos para sospechar que se trataban de vampiros. Según se desprende de todos estos informes, todos los casos tienen nombres propios y su investigación ha sido encargada por distintos Estados a hombres de su confianza.

En 1810 comenzaron a circular por el norte de Inglaterra informes sobre ganado que aparecía

⁷ No puede ser azaroso, como bien señala Antonio Ballesteros (2000), que el mismo año que se publicara *Dracula*, fuese serializada *The War of the Worlds*, de H. G. Wells, autor que, si bien había incidido con anterioridad en el concepto de la invasión, es con esta obra con la que logra representar el clímax del temor a lo que proviene de fuera, ejemplificado en una amenaza alienígena. *Dracula* y *The War of the Worlds* han sido analizadas por Dingley (1991) como dos obras unidas por la temática de la invasión. Recordemos que los marcianos de Wells también beben sangre. El tema de Wells ha sido retomado contemporáneamente por el inglés Christopher Priest, quien homenajea a Wells, describiendo una sociedad de marcianos invasores y sus costumbres relacionadas con la sangre humana.

muerto al encontrar sus venas cortadas y la sangre extraída, los mismos informes que se repetirán años más tardes en Cevem, Irlanda, en 1874. Como vemos, por tanto, es con el miedo al vampiro en el imperio austro-húngaro que el monstruo ingresa a Europa Occidental (Florescu y McNally, 1973). Todavía en 1919–1920, se produjo una exhumación a gran escala en Bucovina.

El caso que llegó a ser más conocido fue el de Arnold Paole, ocurrido en Medvedja (entre el río Teysse y Transilvania, cerca de Belgrado), fue recogido en el documento conocido como *Visum et Repertum (Visto y descubierto)*, fruto de una investigación oficial sobre lo acontecido. La histeria colectiva se apoderó de todo el pueblo hasta alcanzar tal magnitud que el Gobierno austriaco se vio obligado a intervenir. El 12 de diciembre de 1731, una orden firmada por el Emperador abre una investigación sobre los casos de vampirismo. La revista franco holandesa *Le Glaneur Historique*, muy leída en Versalles, expuso con todo lujo de detalles el relato oficial el 3 de marzo de 1732. El *London Journal* lo publicó el 11 de marzo.

La polémica sobre los vampiros comenzaría a extenderse a partir de este informe. Desde 1732, en Francia, se publican al menos doce tratados y cuatro disertaciones sobre el tema, el mayor de los cuales es indiscutiblemente el del benedictino francés Dom Augustine Calmet. Las razones que se dan al fenómeno Paole son de diversa índole: argumentos teológicos que atribuyen el prodigio a la obra de Satán, explicaciones científicas que aclaraban la incorruptibilidad de los cuerpos relacionándola en unos casos con ciertas condiciones del suelo que retardarían la corrupción o en otros con la catalepsia, plagas de gérmenes desconocidos o, sencillamente, simples efectos de la superstición popular.

Cada siglo ha tenido sus modas; cada país — como observa el abad Dom Augustine Calmet, en su obra *Dissertations sur les Apparitions des Anges, des Demons et de Esprits, et sur les revenants, et Vampires de Hongrie, de Boheme, de Moravie, et de Silesie*, publicada en París en 1746, en la que se muestra a intervalos sinceramente convencido de su existencia— ha

tenido sus prevenciones y enfermedades. Los vampiros, no obstante, no han aparecido con todo su esplendor en los siglos bárbaros; se han mostrado en el siglo de personas ilustres como Denis Diderot y Voltaire, en una Europa que ya se creía civilizada.

Es interesante detenerse en François Marie Arouet, Voltaire, filósofo, escritor y la figura que lideró la Ilustración en su país. Entre su vasta producción se encuentra el *Dictionnaire Philosophique* (1764), en el que Voltaire expresa su sorpresa por el hecho de que en su tiempo —en pleno siglo de las Luces, aparentemente intelectual y racional— hubiera gente que creyera en los vampiros, se llegara a discutir sobre la existencia real de los vampiros en foros cultos y que los médicos de la Sorbona dieran su aprobación a tratados sobre los *undead*. No olvidemos que Montague Summers ratifica, en *The Vampire in Literature*, el que este asunto fuera tratado por mentes preclaras: “we may most fairly recall to mind the many academic and philosophical treatises upon the Vampire which were rehearsed and discussed in German Universities during the earlier part of the eighteenth century” (*apud* Bloom, 1998, p. 59).

A Rousseau, que no pensaba de forma muy diferente a Voltaire, sobre todo le importaba la cuestión de por qué el vampiro representaba un miedo popular tan arraigado. En su carta a Christophe de Beaumont, Arzobispo de París, le confesaría a éste que, si alguna vez había existido en el mundo una historia garantizada y demostrada, esa era la que nos ocupa. Según el filósofo francés, no falta de nada: informes oficiales, testimonios de personas dignas de crédito, médicos, sacerdotes, jueces, monjes, abogados, militares y toda clase de pruebas. En numerosas ocasiones se alude a testimonios de personas respetables y dignas de crédito, de modo que no hay motivo para no creer en lo que cuentan, produciéndose, por tanto, el conocido *efecto halo*.

Igualmente, cabe citar por su extraordinaria lucidez y apego al método científico a Gerard Van Swieten, profesor de la Universidad de Viena y médico de cámara holandés al servicio de la Emperatriz María Teresa de Austria; a él debemos el deslumbrante

informe médico acerca de los vampiros, que es todo un ejemplo del modo de razonar durante el Siglo de las Luces contra la superstición. El profesor concluyó su informe (*Remarques sur le Vampirisme de Sylésie de l'an 1755*) afirmando que los vampiros no existían, y la Emperatriz aprobó leyes que prohibían la profanación de las tumbas y la violación de los cuerpos.

Y por último, no debemos dejar de mencionar el que el barón Charles Ferdinand de Shertz, hombre de leyes, escribiera una pequeña obra, *Magia Posthuma*, impresa en Olmutz (Moravia) en 1706 y dedicada al príncipe Carlos de Lorena, asegurando que en su época se veían a menudo vampiros en las montañas de Silesia y Moravia.

PINCELADAS EN ESPAÑA

Considerando algunas curiosidades en cuanto a España, mencionaremos que en el folclore de los gitanos, los vampiros son considerados como entidades sexuales, cuyo apetito es casi insaciable. Aún hoy en día, y en España, en esta etnia pervive el mito de los *mulé* o *muló*, criaturas terriblemente violentas de la noche que sorprendentemente deambulan vestidas de blanco. El *mulé* —cuya etimología significa muerto— es un vampiro que nace de los hombres muertos violentamente y de los niños que nacen muertos. Su cuerpo no tiene huesos y puede adoptar cualquier forma, incluso la de un animal o la de un vegetal (Dragó, 2012; Palacios, 2012). Pero lo que deseamos remarcar es esa asociación tan íntima del vampiro con la sexualidad, asociación que será explícita en *Dracula* o en “Carmilla”, y tan común hoy en día gracias al cine.

Mediante el folclore y la literatura, se ha asumido que los vampiros precisan energía vital. Al principio de su libro, Masters (1974) afirma que la fuerza psíquica y las ideas son la vida de la mente. Curiosamente, se sobreentiende que los vampiros chupan la sangre; sin embargo, en la mayoría de las obras este hecho nunca se describe de forma

explícita. Las víctimas van desfalleciendo y su vida va debilitándose, apagándose paulatinamente.

Es curioso destacar que las antiguas ideas relativas a la fisonomía del amante idealizado no difieren mucho de las marcas distintivas del vampiro. La antigua creencia presenta a estos seres eróticos caracterizados por una figura delgada, dientes blancos y bien alineados, abundante pelo, una voz, un aire y una expresión todas ellas características, e incluso un olor especial.

Mientras la víctima se empequeñece y se vacía, el victimario se fortalece y la persona vampirizada no tiene fuerzas para librarse, queda a su merced en una actitud pasiva. Estas mismas sensaciones se desprenden de la lectura de “Vampiro”, de índole realista, una de las escasas aproximaciones al tema vampírico en la literatura española, obra de Emilia Pardo Bazán. La historia es resuelta de una forma vaga e inconcreta, creando en el espíritu del lector la duda de la que hablaba Todorov como definitiva de lo fantástico, al dejar sin dilucidar claramente si el viejo marido rejuvenecido y la joven esposa, que va agotándose paulatinamente hasta la muerte, ofrecen un caso de vampirismo efectivo.

En España también se ha recogido la superstición del vampiro (Martín, 2002; Aldana Reyes, 2017; Lee, 2019). En Cataluña⁸ se conocen las leyendas vampíricas del conde Estruch, del siglo XII, relatadas por el escritor Salvador Sainz Rof en su novela *Estruch*, ambientada en Llers, en el Alt Empordà (Gerona) donde se conservan las ruinas de su castillo.

En efecto, la tradición oral catalana recoge la existencia de un vampiro trescientos años antes de Vlad Tepes III, el príncipe valaco del siglo XV, en la comarca del Ampurdán. Este habría sido el conde Guifred Estruch, un noble de la corte de Berenguer IV, que se había destacado en sus escaramuzas contra los árabes de Valencia. Ya anciano, fue enviado al Pirineo para perseguir brujas y paganos, y allí, por la acción de oscuras fuerzas maléficas, se convertiría en un chupador de sangre. Desgraciadamente, la mayor parte de la

⁸ Se debería mencionar un caso anecdótico: la aparición del murciélago o rat-penat en la heráldica de numerosas casas nobles del renacimiento catalán y valenciano desde el reinado de Jaime I el Conquistador.

documentación histórica relativa a este caballero se perdió durante la Guerra Civil Española.

El nombre de conde Estruch o Estruga ha sido llevado al cine y la novela de Salvador Sainz es toda la referencia al vampiro que ha entrado en la leyenda mediante dos versiones, que aparecen en la tradición oral catalana.

Por un lado, una de las tradiciones nos cuenta que los hechos tuvieron lugar en 1212, cuando el enviado de Cristo en la Tierra, el inteligente y belicoso Lotario de Segni —conocido como Inocencio III— llamó a los guerreros de Europa para combatir a los infieles que, capitaneados por Alnasir Mohammad ben Yakub, assolaban España. Esta versión cree asimismo que Estruch fue un personaje venido de Alemania y a quién el rey Pedro el Católico concedió tierras como recompensa a su valor en la lucha en la batalla de Las Navas de Tolosa. Lo hizo concediéndole el castillo de Llers, población de la provincia de Gerona. Los años transcurrieron y el soldado dio muestras de su celo religioso condenando a la hoguera a varias brujas que desde la pira le maldijeron. Nadie dudó después de la efectividad de tal maldición porque, tras su muerte, Estruch se convirtió en vampiro, sembrando de muerte la región durante varios años, hasta que, también con métodos mágicos, pudo ser definitivamente destruido. La hazaña fue obra de un mago de San Pedro de Figueres, quien mediante un sortilegio pudo eliminar al abominable ser. El pueblo de Llers fue el escenario de la tragedia y la leyenda se entremezcló con la historia, sin poderse saber dónde acaba aquella y comienza esta.

Existe una segunda versión fechada en el año 1173, época del rey Alfonso II el Casto. Este se enfrentaba a problemas de normalización religiosa en su territorio: temía que los seguidores del paganismo, aún comunes entre las gentes que vivían en el Pirineo, pudiesen cooperar con los musulmanes del sur para derrotar a los señores

cristianos. En colaboración con el obispo de Barcelona, Guillem Torroja, pidió al conde Guifred Estruch que lanzase una campaña de persecución de pobladores no cristianos en la comarca del Ampurdán, para lo que le cedió el castillo de Llers. Guifred Estruch estaba muy bien considerado en la Corte de Barcelona desde los tiempos de Ramón Berenguer IV, pues había colaborado decisivamente en la toma de Tortosa en 1148, y de Lérida y Fraga en 1149. La traición del capitán de su ejército Benach que le envenenó por despecho de Nuria, la hija de Estruch, fue a su vez continuada por el asesinato de varias personas acusadas de brujería⁹.

La documentación histórica sobre las andanzas del conde Estruch, como podemos ver, brilla por su ausencia, y ni siquiera es posible saber si fue el héroe de las Navas de Tolosa o el vencedor de Tortosa... y hay cincuenta años de diferencia entre los dos sucesos. Y es que Llers fue completamente destruido durante la Guerra Civil; todas las referencias desaparecieron. Sólo ha quedado la tradición oral, que nos habla de vampiros y figuras demoníacas deambulando por la sierra de Mas Carrera durante varios siglos, incluso hasta la actualidad¹⁰.

También destacamos las del señor de Pratedip, un pueblo situado cerca de Tivissa, Baix Camp (Tarragona), datadas en el siglo XIII. La leyenda del caballero Onofre de Dip ha sido relatada por el escritor Joan Perucho en *Les històries naturals* (1960). En Pratedip se creía en la existencia de los *dips*, seres extraños semejantes a perros —con la particularidad de tener una pata más corta que las demás— que vivían en los bosques cercanos y que durante la noche solían recorrer el pueblo, alimentándose de sangre¹¹. No podemos dejar de mencionar la leyenda que hace referencia al ser conocido como *ugarés*, cuya leyenda se desarrolla sobre el castillo de Estella, en Amer, en la comarca de la Garrotxa, cerca de Olot. En esa población, además del castillo (del que solo quedan piedras) existe una masía con torreón, que aún se aguanta en pie.

⁹ Para más información, revisar Locker (2017).

¹⁰ Miguel Gómez Aracil, en su libro *Vampiros. Mito y realidad de los no-muertos* (2002), analiza esta casuística, incluyendo personajes reales con quienes se podría haber asimilado dicha maldición.

En Galicia existe la creencia en las brujas chupadoras de sangre, conocidas como las meigas *xuxonas*, versión femenina del vampiro, que también se recoge en la brujería vasca (Candón y Bonnet, 1997). Según el imaginario popular gallego, la *xuxona* es una bruja que chupa la sangre de los niños y les provoca anemia y raquitismo. En la zona geográfica comprendida entre Cantabria, Asturias y León, encontramos las *guaxas*, unas viejas llenas de verrugas, canosas, sucias, bizcas, cojas, que tienen un solo diente negro y larguísimo para abrir las venas a los niños y chuparles la sangre hasta matarlos; en la zona específica de Cantabria se las conoce con el nombre de *sacauntos*. Singularmente, en la zona de los Pirineos se daba el nombre de *brucolacos* a los ajusticiados injustamente mediante la horca, que abandonaban sus tumbas durante las noches para chupar la sangre a sus verdugos o a los que participaron en su ahorcamiento, sin detener este ataque hasta que les habían arrebatado la vida.

Los habitantes necesitaban una forma de explicar estas calamidades que les rodeaban, representadas por la muerte y el sufrimiento. Lo hacen mediante la imagen del vampiro. Por tanto, puesto que el vampiro es considerado como la causa de sus problemas, es temido y se asocia con la ansiedad. Al ver que ciertos individuos se iban debilitando sin causa aparente e iban encanijándose día a día como si perdiesen la sangre, se hizo necesario encontrar una causa de este fenómeno y se imaginaron ciertos demonios o espíritus maléficos que chupan la sangre de sus víctimas siendo este el origen de la creencia en los vampiros.

Conclusión

¿De dónde venía tanto miedo a los seres que chupan la sangre? De la sagrada consideración de la sangre como creadora de la vida, incluso de la vida eterna: la sangre del dios Bel, creador del mundo

en la mitología en la antigua Babilonia, la sangre de Cristo en el ritual cristiano. Incluso el consumo del vino adquiriría el valor metafórico de la sangre bebida. Recordemos que a lo largo de la historia, se le han achacado a la sangre poderes sobrenaturales. Anne Rice nos recuerda en *The Queen of the Damned* que la sangre representa todas las cosas sensuales que cualquier criatura pueda desear.

Por tanto, hay también otro factor psicológico que no conviene olvidar, pues es esencial tenerlo en cuenta para entender toda la carga simbólica, tanto del vampiro del folclore como del de la literatura; nos referimos al fondo cristiano que da forma y significado a la creencia. Como una grotesca imitación de la doctrina de Cristo que promete la inmortalidad a aquel que coma su carne y beba su sangre, el vampiro hace la misma promesa, mas dice “No” a Dios, rebelándose. En lugar de la promesa cristiana del cielo, el vampiro promete una vida eterna, condenada, pero donde se cumple el viejo sueño humano de conservar la carne incorrupta. La rebelión del vampiro es la rebelión de Satanás, con toda su carga de pecado y energía desbordante. De ahí que prendiera tan fácilmente en la superstición popular, sobre todo en momentos históricos particularmente exacerbados, y también es comprensible que viniera, años más tarde, como anillo al dedo a todos los sueños satánicos de la poesía maldita.

Gracias a todo lo anterior, el vampiro se ha convertido en el monstruo más atrayente de todo el panteón de los seres sobrenaturales (Ingebretsen 2001; Mittman 2013). Podemos preguntarnos por qué es un monstruo que absorbe toda la fascinación y el horror que nos inspira la sangre, la oscuridad y la muerte; por qué ha tenido tanto éxito al infiltrarse en nuestra imaginación si presuntamente no creemos en él.

¹¹ La presencia de estos seres debe haber sido importante, pues aparecen en el emblema de la localidad; se les proporcionó un nombre e, incluso, aparece en el cercano santuario de Santa Marina, donde el altar era sostenido por cuatro de estos seres.

REFERENCIAS

- Aldana Reyes, X. (2017). *Spanish Gothic: National Identity, Collaboration and Cultural Adaptation*. Palgrave Macmillan.
- Auerbach, N. (1995). *Our Vampires, Ourselves*. The University of Chicago Press.
- Ballesteros González, A. (2000). *Vampire Chronicle. Historia natural del vampiro en la literatura anglosajona*. Ediciones Una Luna.
- Barber, P. (1988). *Vampires, Burial and Death: Folklore and Reality*. Yale U. P.
- Bernabé Pajares, A. (Trad). (1979). *Vida de Apolonio de Tiana*. Gredos.
- Bloom, C. (Ed.) (1998). *Gothic Horror: A Reader's Guide from Poe to King and Beyond*. Macmillan.
- Botting, F. (1996). *Gothic. The New Critical Idiom* Routledge.
- Bunson, M. (1993). *Vampire: The Encyclopaedia*. Thames & Hudson.
- Cajkanovic, V. (1998). The Killing of a Vampire. En A. Dundes (ed.), *The Vampire. A Casebook* (pp. 72-84). University of Wisconsin Press.
- Candón, M y Bonnet, E. (1997). *¡Toquemos madera!* Círculo de Lectores.
- Davies, D. J. (2005). *A Brief History of Death*. Blackwell Publishing.
- Dijkstra, B. (1986). *Idols of Perversity: Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-Siècle Culture*. O. U. P.
- Dingley, R. J. (1991). Count Dracula and the Martians. En K. Filmer (ed.), *The Victorian Fantasists* (pp. 13-24). Macmillan.
- Flo, M. (s.f.). *El origen etimológico del vampiro moderno*. CEEV. Consultado el 17 de setiembre de 2021. <http://www.ceev.net/etimo.htm>
- Florescu, R. y McNally, R. (1973). *Dracula: A Biography of Vlad the Impaler, 1431-1476*. Hawthorn Books.
- Frayling, C. (1992). *Vampyres: Lord Byron to Count Dracula*. Faber & Faber.
- García Chapinal, L. (2000). *Vampirismo. Entre la realidad y la leyenda*. Éride Editorial.
- Gómez Aracil, M. (2002). *Vampiros. Mito y realidad de los no-muertos*. Edaf.
- GonzálezLópez, A. (2013). Elmito de Lilith Evolución iconográfica y conceptual. *Legado de Arquitectura y Diseño*, 8(14), 105-114. <https://legadodearquitecturaydiseno.uaemex.mx/article/view/14247>
- Grimal, P. (1990). *Diccionario de la mitología griega y romana*. Labor.
- Hervás Marco, R. (1999). *Vampirismo y licanotropía*. Libros Río Nuevo.
- Ingebretsen, E. (2001). *At Stake: Monsters and the Rhetoric of Fear in Public Culture*. The University of Chicago Press.
- Lawson, J. C. (1964). *Modern Greek Folklore and Ancient Greek Religion*. University Books.
- Lázár, I. (1997). *Transylvania: A Short History*. Simon Publications.

- Lee Six, A. (2019). *Spanish Vampire Fiction since 1900: Blood Relations*. Routledge.
- Locker, M. (2017, 16 de octubre). Article 18 – Count Estruch. *Perennial Pyrenees*.
<https://perennialpyrenees.com/2017/10/16/article-18-count-estruch/>
- Martín Sánchez, M. (2002). *Seres míticos y personajes fantásticos españoles*. Edaf.
- Martínez Láinez, F. (2001). *Tras los pasos de Drácula*. Ediciones B.
- Masters, A. (1974). *The Natural History of the Vampire*. Mayflower
- McNally, R. T. (1974). *A Clutch of Vampires*. Graphic Society.
- Mittman, A. S. (2013). Introduction: The Impact of Monsters and Monster Studies. En A. S. Mittman y P. J. Dendle (eds.), *The Ashgate Research Companion to Monsters and the Monstrous* (pp. 1-14). Routledge.
- Olivares Merino, J. A. (2001). *Cenizas del plenilunio alado: pálpitos y vestigios del vampiro en la literatura inglesa anterior a Dracula de Bram Stoker: tradición literaria y folclórica*. Universidad de Jaén.
- Palacios, J. (2012). Vampiro cañí: Breves notas sobre vampiros y vampirismo en la literatura española e hispanoamericana. En L. A. De Cuenca (ed.), *Drácula, un monstruo sin reflejo: Cien años sin Bram Stoker, 1912–2012* (pp. 69-90). Reino de Cordelia.
- Perkowski, J. L. (1989). *The Darkling, A Treatise on Slavic Vampirism*. Slavica Publishers.
- Robins, V. (1997). Introducción. En V. Robins (comp.), *Relatos cortos de vampiros* (pp. 5-14). M. E. Editores.
- Said, E. W. (1979). *Orientalism*. Vintage.
- Sánchez Dragó, F. (2012). *Gárgoris y Habiris. Una historia mágica de España*. Editorial Planeta.
- Shildrick, M. (2002). *Embodying the Monster: Encounters with the Vulnerable Self*. Sage Publications.
- Stephanou, A. (2014). *Reading Vampire Gothic Through Blood*. Palgrave MacMillan.
- Stoker, B. (1989). *Dracula*. O. U. P., The World's Classics.
- Summers, M. (1991). *The Vampire: His Kith and Kin*. Dorset Press.
- Turner, V. (1997). *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure* (renewed edition). Aldine Transaction.
- Twitchell, J. B. (1985). *Dreadful Pleasures: An Anatomy of Modern Horror*. O. U. P.
- Twitchell, J. B. (1986). *The Living Dead: A Study of the Vampire in Romantic Literature*. Duke U. P.
- Williamson, M. (2003). Vampire Transformations: From Gothic Demon to Domestication? En C. T. Kungl (ed.), *Vampires. Myths and Metaphors of Enduring Evil* (pp. 101-107). Inter-Disciplinary Press.
- Wilson, K. M. (1998). The history of the Word Vampire. En A. Dundes (ed.), *The Vampire. A Casebook* (pp. 3-11). University of Wisconsin Press.